

Título:

Pasión por los insectos. Ilustradoras, aventureras y entomólogas

© Xavier Sistach, 2019

De esta edición:

© Turner Publicaciones SL, 2019

Diego de León, 30

28006 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: septiembre de 2019

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

Verneuil, Maurice Pillard, *Escargots, bordure. Libellule et roseaux, papier peint. Mouettes, bordure*, The New York Public Library Digital Collections, 1897

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial

ISBN: 978-84-17141-89-9

DL: M-26582-2019

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

ÍNDICE

| | |
|---------------------------------|------------|
| Prólogo | 11 |
| Cuadro cronológico | 15 |
| I Ilustradoras | 19 |
| Maria Sibylla Merian | 24 |
| Lucy Say | 50 |
| Louisa Anne Meredith | 53 |
| Mary Peart | 59 |
| Georgiana Elizabeth Ormerod | 62 |
| Anna B. Comstock | 63 |
| Germaine-Adolphine Boca | 63 |
| II Viajeras | 65 |
| Ida Laura Pfeiffer | 70 |
| Mary Henrietta Kingsley | 96 |
| Lucy Evelyn Cheesman | 119 |
| Cynthia Evelyn Longfield | 139 |
| III Coleccionistas | 147 |
| Los museos de historia natural | 152 |
| La conservación de los insectos | 158 |
| Eleanor Glanville | 160 |
| Anna Blackburne | 164 |
| Madame de Tigny | 171 |
| Emma Sarah Hutchinson | 173 |
| Dorothea Lynde Dix | 179 |
| Mary Ball | 181 |
| Marie-Rose Wachanru | 182 |

| | | |
|----|-----------------------------|-----|
| | Louise-Caroline d'Aumont | 185 |
| | Annie T. Slosson | 187 |
| | Margaret Elizabeth Fontaine | 189 |
| | Ximena Myrtle McGlashan | 209 |
| | Mariana de Ibarra | 211 |
| IV | Entomólogos | 213 |
| | La apicultura | 215 |
| | Ellen S. Tupper | 215 |
| | Grace Adelbert Sandhouse | 216 |
| | Eva W. Crane | 216 |
| | La entomología agrícola | 217 |
| | Mary Esther Murtfeldt | 218 |
| | Sofie Rostrup | 223 |
| | Edith Marion Patch | 223 |
| | Emily Maria M. Payne | 225 |
| | Las plagas agrícolas | 226 |
| | Margaretta Hare Morris | 226 |
| | Eleanor Ormerod | 239 |
| | La entomología médica | 256 |
| | Clara Southmayd Ludlow | 260 |
| | Evelyn Groesbeeck Mitchell | 269 |
| | La entomología general | 283 |
| | Charlotte de Bernier Taylor | 288 |
| | Mary Townsend | 292 |
| | Mary Elizabeth B. Barber | 293 |
| | Julia P. Ballard | 295 |
| | Mary Lua Adelia Treat | 296 |
| | Adele Marion Fielde | 296 |
| | Maria Elizabeth S. Fernald | 305 |
| | Cora Clarke | 305 |

| | |
|----------------------------|-----|
| Jennie Maria A. Sheldon | 306 |
| Elizabeth Maria G. Peckham | 306 |
| Emily Mary B. Bowdler | 306 |
| Caroline Burling Thompson | 307 |
| Wilmatte P. Cockerell | 307 |
| Doris Mildred H. Blake | 308 |
| Berta Scharrer | 308 |
| Theresa Rachel Clay | 309 |
| Miriam Louisa Rothschild | 310 |
| | |
| Bibliografía | 335 |
| Créditos de las imágenes | 349 |

PRÓLOGO

La ciencia no ha sido a lo largo de la historia un campo fértil para las mujeres. La razón no se encuentra en la falta de atracción o de afinidad con la materia, sino en las dificultades evidentes que se derivaban de su forzada falta de formación y de la mentalidad reinante, que las consideraba antifemeninas y antinaturales —feas, incluso— si se dedicaban a ella. Su papel primordial y aceptado era ocuparse de la casa, de sus maridos e hijos y, si eran solteras, de sus padres y hermanos. Sin embargo, hubo mujeres que se resistieron a este papel, e incluso muchas que se interesaron por la ciencia en sus diferentes ramas, desde la medicina hasta la astronomía, pasando por las matemáticas o la botánica. Y, por supuesto, hubo muchas que se interesaron por la biología.

El enorme *Catalogue of Scientific Papers*, publicado por la Royal Society de Londres en diecinueve volúmenes a partir de 1867, comprendía el periodo de 1800 a 1900 y estaba integrado por decenas de miles de autores dedicados a todos los campos de la ciencia y de todos los países con centenares de miles de publicaciones. Pero solo aparecían cerca de 1.000 mujeres, las cuales representaban menos del 1% de las entradas (alrededor de 3.400 artículos). De todas ellas, el 41% eran norteamericanas y el 26% británicas.

Desde que está en el mundo el ser humano ha convivido con los insectos y ya desde los tiempos de Aristóteles hubo quienes se dedicaron a su estudio. La curiosidad la suscitaron los motivos más diversos: las molestias que ocasionaban sus picaduras, las plagas que asediaban los cultivos, los beneficios que podían extraerse de ellos (como la miel o la seda), sus curiosas formas de vida y reproducción e incluso la belleza de algunos de ellos.

No fue, sin embargo, hasta el siglo XVIII y principios del XIX cuando el trabajo entomológico adquirió proporciones reseñables, y ni siquiera entonces fue una disciplina con una aceptación equiparable a la de,

por ejemplo, la botánica. La sociedad consideraba que la entomología era una ciencia de una naturaleza tan insignificante como su propio objeto de estudio, llegando a tacharla de infantil y a referirse a ella como impropia de hombres sensatos.

A pesar de todo, en el siglo XIX la entomología había conocido enormes avances gracias al descubrimiento, a la organización y a la determinación de una gran variedad de insectos. Se hizo entonces difícil emprender el estudio en su conjunto y los entomólogos optaron por especializarse en ciencias auxiliares como la anatomía, la morfología, la fisiología o la ecología de los insectos. Desde ese momento los naturalistas y científicos profesionales pusieron mucho empeño en popularizar su área específica, aunque también los naturalistas aficionados desempeñaron un papel importante en la producción de literatura científica. La frase “publica o perece” nos da una idea de lo importante que era la producción escrita para obtener relevancia. Por tanto, la línea que separa al profesional del *amateur* es muy fina.

A partir de mediados y finales del siglo XX se suceden trabajos de recopilación bibliográfica en torno a la entomología que compendian las referencias existentes hasta la fecha. Destacan las siguientes publicaciones, todas ellas escritas por mujeres:

—*Bibliography of Biographies of Entomologists* [Bibliografía de biografías de entomólogos] (1945), de Mathilde Carpenter, bibliotecaria en la Biblioteca entomológica del National Museum of Natural History de Washington. En la obra aparecen 4.700 referencias a 2.187 entomólogos de todo el mundo y de todas las épocas. Este trabajo, que Carpenter realizó en sus ratos libres y gracias a las revistas entomológicas disponibles en el museo, incluía no solo obituarios, sino también aniversarios, retratos y biografías.

—*A compendium of the Biographical Literature on Deceased Entomologists* [Un compendio de literatura biográfica sobre entomólogos fallecidos] (1977), de Pamela Gilbert, ayudante científica en el Natural History Museum de Londres, primero, y jefa de Biblioteca de entomología del mismo, después. El trabajo ofrece 7.500 entradas y más de 14.000 referencias, y Gilbert lo justifica aludiendo al gran interés que tenían los entomólogos por conocer las vidas de sus predecesores. No deja

de advertir que cada vez sería más difícil elaborar este tipo de recopilaciones debido al crecimiento del interés por la materia y a la gran diversidad de especialistas que la conforman. En una edición posterior de esta misma obra, *A Source Book for Biographical Literature on Entomologists* (2007), ya aparecían más de 8.000 entomólogos y 21.500 citas.

—*Bibliografía entomológica de autores españoles (1758-1990)* (1994), de Carolina Martín Albaladejo, investigadora del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid y conservadora de su colección de insectos. El libro registra 9.891 referencias bibliográficas completas correspondientes a 1.745 entomólogos. En el año 2000 apareció una actualización de esta obra, *Bibliografía entomológica de autores españoles (1758-2000)*, que reunía 15.700 referencias bibliográficas de 2.885 entomólogos españoles.

En las dos primeras obras el número de mujeres con respecto al de hombres reseñados era más que discreto: en el trabajo de Carpenter aparecen solo veintiocho mujeres (el 1,28% del total) y en el de Gilbert, ochenta (el 1,06%). En la obra de Martín Albaladejo hallamos ya doscientas mujeres (el 13,81%), lo que confirma la predicción de Gilbert sobre el incremento de autores —especialmente de autoras— y de publicaciones.

En la presente obra aparecen apuntes biográficos de cincuenta y una entomólogas. A través de sus semblanzas hemos pretendido trazar una breve historia de la entomología en la que las mujeres son las grandes protagonistas, pues sus aportaciones en la materia tienen tanto valor como las de sus homólogos masculinos. Se trata de grandes ilustradoras, viajeras, coleccionistas o entomólogas propiamente dichas, en ocasiones implicadas en varias disciplinas y dedicadas a la divulgación. Algunas tenían formación universitaria e incluso estaban doctoradas, pero en muchos casos partieron de una formación precaria que superaron gracias al estudio autodidacta y al contacto con especialistas masculinos, que en muchas ocasiones las ayudaron y apoyaron.

Una buena parte de estas mujeres provenía de familias solventes o incluso ricas y pudo dedicarse a su pasión sin necesidad de trabajar ni de recibir ningún tipo de subvención. En otros casos dependieron de sus empleos, siempre vinculados a sus aspiraciones entomológicas. Cabe destacar, además, que entre las autoras biografiadas hay veintidós

solteras y veintiocho casadas, de las que trece fueron madres y seis se separaron de sus maridos. Si bien en el caso de los hombres el estado civil era irrelevante, en el caso de las mujeres tenía implicaciones en todos los aspectos de la vida; muchas de ellas solo pudieron dedicarse a su investigación al quedar desvinculadas de toda atadura familiar.

Este libro, dividido en cuatro grandes capítulos (“Ilustradoras”, “Viajeras”, “Coleccionistas” y “Entomólogas”), no es una obra técnica sino histórica, plagada de anécdotas y curiosidades, y escrita en términos comprensibles para el profano. Encontraremos en ella vidas aventureras y peligrosas, enfermedades superadas, amores y desamores, fe religiosa y principios morales; hallaremos esfuerzo, superación, perseverancia y sacrificio, así como decepciones, desengaños, desprecios, frustraciones y olvido; pero también encontraremos alegrías, honores, premios y reconocimiento. No faltarán las acaloradas disputas por motivos diversos, particularmente acerca de la localización y distribución de algún ejemplar y muy en especial sobre la clasificación de alguna especie concreta, su prioridad o la validez de su nombre. La discrepancia activa ha sido un fenómeno frecuente entre los entomólogos y, en general, entre los científicos de todos los campos.

El trabajo de estas mujeres se sumó al que les precedió y sirvió de guía para el que les sucedió. En palabras de Jean Louis Marie Alibert (*Dissertation sur les fièvres pernicieuses ou ataxiques intermittentes*, 1801):

No dudo que los que vengan después de mí agreguen algún día a los hechos que he reunido, como yo mismo he agregado a los que encontré recogidos en las obras de mis antecesores. Las ciencias no se completan más que por los trabajos reunidos de los observadores que se suceden en la duración de los siglos, y no es dado a un solo autor el profundizar enteramente un punto cualquiera de los conocimientos humanos.*

Barcelona, junio de 2019

* N. del E.: Todas las traducciones de las obras citadas han sido realizadas por el autor.

coleccionista y viajera fue más que notable: sus ilustraciones de su estancia en Surinam abrieron la puerta a una fauna muy sorprendente y hasta entonces desconocida.

MARIA SIBYLLA MERIAN (1647-1717)

Maria Sibylla fue hija del célebre grabador y editor suizo Matthäus Merian (Basilea, 1539), en cuya vida merece la pena que nos detengamos, aunque sea brevemente. Aprendió el oficio desde pequeño con Dietrich Meyer, pintor y grabador de Zúrich, y en Nancy destacó como grabador de cobre. Estudió en París, Estrasburgo, Stuttgart y los Países Bajos, y finalmente se instaló en Frankfurt, donde trabajó con el editor y grabador Johann Theodor de Bry. En 1617 se casó con su hija, con la que tuvo siete hijos. A la muerte de su suegro, Matthäus se hizo cargo del negocio.

Las publicaciones de Merian fueron muy relevantes en la época, y entre ellas destacan: *Peregrinationum in India*, una gran obra de viajes y descubrimientos; *Theatrum Europaeum*, veintiún volúmenes de crónica histórica sobre Europa entre los años 1618 y 1718; *Topographia*, elaborado con el geógrafo Martin Zeiler, con ilustraciones de planos de ciudades, vistas, mapas de países y un mapamundi y *Todten-Tanz* [La danza de la muerte], cuarenta y dos ilustraciones magníficas que hacían alusión a la peste del siglo xvii. Fue conocido también por sus ilustraciones sobre la Biblia.

Tras la muerte de su primera esposa, Matthäus contrajo matrimonio en 1646 con Johanna Catharina, con la que tuvo una única hija, Maria Sybilla, nacida en Frankfurt el 2 de abril de 1647.

Primera etapa en Frankfurt

El padre de Maria Sibylla murió cuando ella tenía tres años y fueron sus hermanastros mayores los que se encargaron del negocio familiar. No obstante, la relación entre ellos y la nueva mujer de su

padre debió sufrir algunas tensiones, motivo por el cual Maria no fue aprendiz en el taller de su padre ni publicó sus libros en la editorial de los Merian. Sí pudo beneficiarse, sin embargo, de los conocimientos de su padrastró, Jacob Marrel, con el que Johanna Catharina se casó en 1651.

Marrel había sido alumno del pintor Georg Flegel y era ya para entonces un reconocido pintor de naturalezas muertas y vendedor de arte, sobre todo de pinturas holandesas importadas. Su taller de pintura se convirtió en el lugar preferido de la joven Maria Sibylla, que aprendió allí a pintar al óleo y al pastel, así como la técnica de la acuarela y la calcografía. Jacob trató a Maria como a su propia hija y la incorporó al taller como aprendiz antes de cumplir los diez años; a los once ya había hecho su primer grabado. En el taller se realizaban impresiones, por lo que parece razonable suponer que también entró en contacto con la impresión de las planchas de cobre.

Cuando Marrel se separó de Johanna Catharina en 1659, Maria y su madre permanecieron en Frankfurt, viviendo del dinero que les mandaba su padrastró, de la herencia de su padre y de la ayuda de sus hermanastros. Al poco de cumplir Maria dieciséis años conoció a Johann Andreas Graff, un antiguo aprendiz de su padrastró que había estado estudiando en Roma y Venecia. Graff tenía casi treinta años y los conocimientos y los contactos necesarios para establecer su propio taller, pero le faltaba un requisito que exigían los miembros de su gremio: el matrimonio. Maria Sibylla se casó con Graff en 1665, cuando tenía dieciocho años, y su primera hija, Johanna Helena, nació tres años después. Dos años más tarde toda la familia se trasladó a Núremberg.

Núremberg

Núremberg era una ciudad comercial en la que el padre de Johann dirigía uno de los Gymnasium más famosos de Alemania. Graff abrió un taller y Maria Sibylla reunió a un grupo de alumnas en la Jungfrauenkompanie, un centro de estudios para mujeres jóvenes en el

que ella ejerció de profesora de pintura suponía una alternativa al taller del pintor Joachim von Sandrart, el más famoso y distinguido de la ciudad, del que las mujeres estaban excluidas, pues no estaban autorizadas a trabajar con modelos vivos ni tampoco a pintar escenas históricas. Quedaban así irremediabilmente relegadas a la acuarela y a la pintura de naturalezas muertas.

La mayor parte de las alumnas de Maria Sibylla provenía de familias de pintores de la ciudad y muchas de ellas llegaron a gozar de gran prestigio, como Magdalena Fürst o Dorothea Maria Auer. La propia Maria terminó fundando su propio taller, en el que vendía finas telas de seda, satín y lino pintadas con las flores que ella diseñaba y donde desarrolló un tipo de acuarela que resistía múltiples lavados. Nunca se limitó a ser —como era tan habitual en la época— una socia en el negocio de su marido.

Establecer buenas relaciones con las familias burguesas de Núremberg era una cuestión de supervivencia para el matrimonio, pues ellas eran sus principales clientes y patronas. La correspondencia que mantenían con los hermanos Volckamer (Johann Georg y Johann Christoph) son un buen testimonio de esas relaciones sociales. De hecho, Maria terminaría teniendo un papel modesto en la publicación *Flora Noribergensis*, de Johan Georg Volckamer, un extenso catálogo de las plantas de la zona publicado en 1700.

Efectivamente, el entorno de Núremberg era el lugar ideal para los intereses botánicos y entomológicos de Maria Sibylla, que encontró orugas, gusanos, mariposas y una amplísima selección de plantas domésticas y ornamentales que plasmar en sus estudios. Para dar con el entorno natural no tenía que alejarse de la ciudad, lo cual no era solo una facilidad sino que también se imponía como una necesidad: la Guerra de los Treinta Años había destrozado Europa central y, a pesar de que oficialmente el conflicto había cesado hacía veintidós años, la inseguridad seguía siendo manifiesta y los conflictos, frecuentes.

Fruto del estudio del entorno natural de Núremberg, Maria Sibylla publicó *Florum* [Libro de flores] en tres partes (1675, 1677 y 1680), cada una de ellas con doce láminas sin texto que muestran flores, guirnaldas y ramos. Sobre la flora se observan orugas, mariposas, arañas

y otras criaturas pintadas con exquisito cuidado y gran belleza. En la portada aparece una corona de flores, seguida de jacintos, narcisos, tulípanes, anémonas, lirios blancos, lirios morados, pensamientos, rosas y peonías. En el prólogo Sibylla explica que el trabajo está dirigido a “jóvenes y mayores que quieran dibujar, pero también sirve de modelo para bordados florales y para todos los amantes del arte”.

Graff se hizo cargo de la publicación de la primera entrega, pero en las dos siguientes fue la propia Maria la que llevó a cabo la producción de las ilustraciones y los grabados. Las impresiones se vendieron por separado y su gran éxito hizo que las treinta y seis láminas terminaran publicándose en un único volumen publicado en 1689 con el título *Neues Blumenbuch* [Nuevo libro de las flores] y firmado por “M. S. Gräffin, hija de M. Merian el viejo”.

En 1678 nació su segunda hija, Dorothea Maria Henriette, lo que acentuó la complicada tarea de hacer frente a la intendencia del hogar, a la crianza de sus dos hijas y a la atención de sus propios intereses, que poco a poco fueron centrándose en el estudio de los insectos. Sabemos por sus cuadernos de dibujo que a los trece años tenía ya a su disposición grandes colecciones de láminas, libros y pinturas. Además, tenía acceso a orugas vivas, recogidas en los alrededores del taller, y a gusanos de seda que le proporcionaba el hermano de su padrastro, dedicado al comercio de la seda.

Maria Sibylla escribió: “Desde mi juventud me dediqué al estudio de los insectos con constancia. Al principio eran los gusanos de seda de mi ciudad natal; después vi mariposas y polillas mucho más bonitas que salían de otros tipos de larvas. Cuando me di cuenta de que estas se desarrollaban más deprisa que otras orugas, recogí todas las que pude para estudiar su metamorfosis y desarrollar mis habilidades pictóricas dibujándolas en vivo y representando su color. Así, me retiré de la sociedad humana y me dediqué exclusivamente a estas investigaciones”.

Progresivamente el dibujo de los animales y las plantas suscitó en Sibylla una curiosidad mayor que la llevó a preguntarse cómo funcionaban los seres vivos y de qué modo se relacionaban entre ellos. Una de sus grandes influencias fue Georg Hoefnagel, a partir de

cuya obra perfeccionaría la suya. Así, Maria comenzó a mostrar en trabajos posteriores procesos como el de las diversas fases de desarrollo de la oruga en mariposa, siempre sobre la hoja que le servía de alimento, con animales y plantas dispuestos decorativamente en segundo plano.

Otras ilustraciones que le influyeron sobremanera fueron las que su padre, Matthäus Merian, hizo para la *Historia Naturalis* de John Jonston. Inspirándose en su trabajo, distinguió dos grupos de mariposas, las diurnas (o mariposas de verano) y las nocturnas (o mariposas-polillas). Maria añadió atractivo visual a sus imágenes haciendo superposiciones que la diferenciaban de otros ilustradores, como por ejemplo del naturalista Johannes Goedaert, que también influyó mucho en ella pero cuyos dibujos eran más esquemáticos.

En 1679 publicó la primera parte de otro libro, *Der Raupen wunderbare Verwandlung und Sonderbare Blumennahrung* [*La oruga, maravillosa transformación y extraña alimentación floral*], con ilustraciones verdaderamente espectaculares. En él Sibylla se interesaba especialmente por los motivos científicos, pues investigaba la conexión entre orugas, pupas, mariposas y las plantas asociadas a ellas, muy en la línea del gusto por la botánica y la zoología que se había desarrollado en esa época gracias a los viajes a ultramar.

En esta obra se dirigía así a sus lectores: “No busquéis aquí mi gloria, pues es la gloria de Dios la que debe alabarse, como creador incluso de los más pequeños e insignificantes gusanos”. Definía, además, su propósito: “Mostrar un estudio nuevo sobre orugas, gusanos, mariposas de verano, ácaros, moscas y otros pequeños animales de este orden en su origen, su alimentación y sus transformaciones, de la misma manera que su ritmo, lugar y particularidades; y servir con todo esto a los conocedores de la naturaleza, artistas y amantes de jardines”. Según ella, todo estuvo cuidadosamente estudiado, descrito de manera concisa y pintado “desde la naturaleza”, publicado en su propia imprenta por “Maria Sibylla Gräffin, hija de Matthäus Merian el viejo”.

Esta primera parte incluía cincuenta láminas y en cada ilustración se presentaba una planta, generalmente florecida y a veces con frutos. El nombre quedaba especificado en alemán y en latín. La recepción

de la obra fue magnífica: nunca hasta entonces un artista había dibujado la relación entre los estadios de desarrollo de las mariposas y otros insectos y su correspondiente planta nutricia. Maria Sibylla conocía bien el proceso, pues recogía las orugas en hojas frescas y las colocaba en cajitas criadero, lo que le permitía observar su metamorfosis en vivo y en directo. En ocasiones, la información recogida en una sola lámina requería meses o incluso años de crianza, pues muchas orugas no llegaban a hacer la pupa o estas no eclosionaban para dar lugar a las esperadas mariposas, algo a lo que ella aludía como falsas metamorfosis.

La segunda parte de *Der Raupen wunderbare*, con cincuenta láminas nuevas, se publicó en Núremberg en 1683 y se hizo muy popular entre la alta sociedad.

En 1681 murió el padrastro de Maria Sibylla, Jacob Marrel, y ella regresó a Frankfurt con sus dos hijas para hacerse cargo de su madre y poner en orden su legado. Marrel les había dejado la casa, algo de dinero, una enorme biblioteca y una galería de arte, pero las deudas superaban con creces a los beneficios. Su marido, Andreas Graff, la acompañó en un primer momento, aunque tiempo más tarde los lazos se rompieron definitivamente y él volvió solo a Núremberg en 1685.

Comunidad labadista

Durante la primavera de 1685 Maria Sibylla, su ya anciana madre y sus dos hijas se unieron a los labadistas. Estos constituían una comunidad religiosa aislada, situada en el castillo de Walta (Friesland), al noroeste de los Países Bajos y sus creencias estaban marcadas por las pautas del teólogo francés Jean de Labadie. Contactó con ellos a través de uno de sus hermanastros, Caspar Merian, pero lo que la impulsó definitivamente a integrarse con los labadistas fue el pensar que con ellos estaría protegida de su marido, ya que los convertidos dejaban de pertenecer a sus comunidades religiosas originales y los matrimonios no convertidos se declaraban nulos. Así fue como Maria Sibylla pudo

considerarse divorciada y recuperó su apellido de soltera, Merian. No volvió a mantener relación alguna con Graff.

Merian pasó diez años con los labadistas, de los que apenas ha dejado testimonio. Sin duda debió de participar en su economía auto-suficiente preparando pan, trabajando la tierra, tejiendo telas e imprimiendo libros, además de ocupar su tiempo con las oraciones y los servicios religiosos. Fueron muchas las renunciaciones que tuvo que hacer al integrarse en esta comunidad, desde cambiar las telas finas por lana basta hasta olvidarse de los cortes de pelo o los rizos. Pero lo que más debió de padecer fue la escasez de pinceles y tintes: tuvo que conformarse con un carboncillo para dibujar los insectos que salían a su paso. Cabe suponer que sus estudios artísticos y científicos quedaron relegados a un segundo término durante estos años. En cualquier caso, nunca abandonó su *Studienbuch*, sus cuadernos de notas ni sus dibujos, y hay que destacar que, gracias a la comunidad que los labadistas tenían en Surinam (la actual Guayana holandesa), es muy posible que Merian recibiera de tanto en tanto especímenes exóticos de esa región.

Ámsterdam

A partir de 1688 el labadismo inició su declive, en parte por la muerte de su líder espiritual por culpa de una epidemia que se extendió en toda la comunidad y en parte por las crecientes tensiones debido a que los miembros empezaron a rebelarse contra las condiciones de vida, que incluían castigos corporales y raciones de comida muy escasas. Ante esta tesitura, y habiendo ya fallecido su madre, Maria Sibylla decidió abandonar la colonia, renunció a sus derechos civiles (*Bürgerrechte*) y se trasladó a Ámsterdam.

Según confirman las fechas de sus obras, Merian estaba ya en Ámsterdam en 1691, cuando tenía cuarenta y tres años. Allí vivió con sus hijas trabajando en la preparación y venta de tejidos coloreados y de colores para los artistas. Tuvo, además, la ocasión de acceder a diversas colecciones públicas y privadas de moluscos, insectos y

animales diversos, así como de jardines naturales y publicaciones entomológicas.

Ámsterdam era entonces una gran capital mercantil y su atmósfera cosmopolita contagió a Maria Sibylla de un nuevo vigor y una renovada energía como artista: visitaba los jardines botánicos, frecuentaba a los filósofos naturales, leía en profundidad, estudiaba botánica y analizaba de nuevo a las orugas, criándolas para observar sus transformaciones. Además, la ciudad le permitió trabar amistad con otras personas con las que compartía pasión e intereses. Conoció a Nicolaes Witsen, primer magistrado municipal y presidente de la Compañía de las Indias Orientales, cuyo gabinete de curiosidades la dejó impresionada; al médico y botánico Caspar Commelijn, director del Jardín Botánico de Ámsterdam; al médico empirista y naturalista Steven Blanckaert; al pintor Michiel van Musscher, que se convertiría en protector de sus hijas; al coleccionista de moluscos e insectos Levinus Vincent y al médico y anatomista Frederik Ruysch, cuya hija, Rachel, era una distinguida pintora de flores.

Si bien Merian admiró y valoró las colecciones de plantas e insectos de América, África y el Pacífico que poseían los comerciantes y los altos cargos de la Compañía de las Indias, le decepcionaba el hecho de que solo ofrecían una visión estática de los insectos; ella estaba interesada en los procesos de la naturaleza y se propuso realizar su propia investigación: “Todo esto me hizo decidirme a emprender un largo y costoso viaje a Surinam, la tierra cálida y húmeda en que muchos caballeros han conseguido estos insectos, con el fin de proseguir mis observaciones”.

Maria Sibylla consiguió hacer realidad su sueño gracias, en parte, a motivos familiares. Su hija mayor, Johanna Helena, que también era una excelente pintora de plantas y animales, se casó en 1692 con el comerciante Jacob Hendrik Herolt (un labadista al que habían conocido en Walta). Este comerciaba con mercancías procedentes de Surinam y viajaba allí con frecuencia, de modo que fue la conexión que Merian necesitaba para estudiar la fauna y la flora exóticas en su entorno natural.

Viaje a Surinam

En abril de 1699, tras ocho años de preparativos y dejando un testamento en favor de sus dos hijas, Maria Sibylla embarcó con Dorothea Maria, su hija pequeña, en un navío de carga rumbo a Surinam. Tenía cincuenta y dos años. Para costear la expedición había vendido parte de sus colecciones y especímenes, había recurrido a la financiación privada y se había beneficiado de una beca de la ciudad de Ámsterdam que obtuvo gracias a su amistad con Nicolaes Witsen. El trabajo de investigación que realizaría en Surinam era poco frecuente, no ya para una mujer, sino también para un hombre.

Desde que Alonso de Ojeda llegase en 1499, la Guayana había sido una zona de conflicto entre las potencias coloniales europeas, pues se presumía que el legendario El Dorado se encontraba en sus impenetrables selvas; los colonos solo habían despejado la franja costera, que habían adecuado a la plantación de la caña de azúcar. Maria Sybilla y su hija fueron recibidas por el gobernador y se instalaron en la capital, Paramaribo, que entonces era una villa de poco más de mil personas, con una escasa población blanca de comerciantes europeos. Fue allí donde en septiembre comenzó sus observaciones. Siete meses más tarde viajaron hacia Providence, a unos sesenta y cinco kilómetros aguas arriba del río Surinam, donde había una comunidad labadista y donde la señora Van Sommelsdijk, esposa del antiguo gobernador, dirigía una plantación de caucho.

Madre e hija estuvieron en Surinam durante casi dos años recogiendo, estudiando y dibujando plantas y animales. Trabajaron en la colección, observación y pintura de más de sesenta plantas y noventa especies de animales, entre los que destacan las mariposas y las orugas, pero también los escarabajos, las serpientes, los lagartos o los moluscos. Por la mañana realizaban excursiones por la selva acompañadas de sirvientes negros e indios para reunir los especímenes que estudiaban por la tarde. No era una tarea sencilla y Maria Sibylla reportó que “se podían encontrar muchas cosas en la selva, siempre que esta fuera practicable. Sin embargo, está tan densamente invadida por cardos y plantas espinosas que antes debo enviar a mis esclavos

de exploración, hacha en mano, para que me abran paso, aunque sea para avanzar poco, lo cual es igualmente muy penoso”.

A Johann Georg Volckamer, de Núremberg, le explicaba su labor en los siguientes términos:

En Surinam recogí gusanos y orugas, les daba de comer diariamente y los observaba mientras experimentaban sus transformaciones. Los pintaba y los describía, así como las plantas de las que se alimentan. Hay mariposas que vuelan mucho y solo pueden obtenerse intactas a partir de orugas. Las serpientes y animales parecidos los ponía en frascos con *brandy* corriente y los sellaba con papel perforado. Con las mariposas, colocaba la punta de una aguja al fuego hasta que estuviera caliente o al rojo vivo y entonces clavaba la aguja a la mariposa: así muere rápidamente y no se estropea.

A pesar de las duras condiciones de trabajo (el calor, la humedad y el persistente zumbido de los mosquitos), su labor nunca cesaba. Tras un primer esbozo al natural, Maria y su hija pintaban sobre vitela las orugas, las crisálidas y su alimento. En otras ocasiones, etiquetaban coleópteros, lepidópteros, larvas y orugas, los prensaban o los sumergían en coñac y los guardaban para pintarlos de regreso en Ámsterdam.

Sus relaciones con los plantadores europeos eran tensas. Ellos se burlaban de ella por sus peculiares intereses y, a su vez, Maria los criticaba por no investigar otras plantas de la región (como los cerezos o los ciruelos) que pudieran cultivarse y venderse. La antipatía era mutua y debió ponerse de manifiesto muy pronto: los colonos seguramente pensaban que una mujer blanca que había llegado a Paramaribo para adentrarse en la selva y cazar animalejos del diablo no podía estar en su sano juicio. Estos desencuentros se acrecentaron porque Maria Sibylla censuraba especialmente el mal trato que los colonos prestaban a los indios. Y fueron justamente los negros y los indios de la zona los que le proporcionaron los consejos más valiosos y las descripciones más precisas de la flora y la fauna del lugar. Merian consideraba que los propietarios de las plantaciones iban en contra de sus propios intereses

al tratar con tanta crueldad a los esclavos, cuya desesperación era tal que las esclavas negras (seguramente informadas por las amerindias) hacían uso de la planta llamada *Flos Pavonis* (*Caesalpinia pulcherrima*):

Las semillas de esta planta las digieren las mujeres que sufren dolores de parto y deben seguir trabajando a su pesar. Las indias que son maltratadas por los holandeses utilizan estas semillas para provocarse abortos con el fin de que sus hijos no se conviertan en esclavos como ellas. Los esclavos negros de Guinea y Angola han exigido ser bien tratados y han amenazado con negarse a tener hijos. De hecho, se suicidan porque se los trata muy mal y porque creen que volverán a nacer libres y vivirán en su propia tierra, me lo dijeron ellos mismos.

A pesar de la fascinación que sintió Maria Sibylla por Surinam, se vio obligada a regresar al cabo de dos años por culpa de una enfermedad (posiblemente, paludismo) que contrajo a causa del clima tropical. Así, a finales de 1700, creyendo que su muerte estaba cerca, decidió regresar a Europa. En septiembre de 1702 ella y su hija llegaron al puerto de Ámsterdam tras tres meses de viaje marítimo.

Vuelta a Ámsterdam

Maria Sibylla llegó a Ámsterdam cargada de dibujos, insectos disecados y especímenes raros conservados en *brandy*, entre ellos un cocodrilo pequeño al que aludió como un insecto de aspecto feroz. No obstante, su aportación más valiosa fue el extraordinario cuaderno repleto de apuntes. Cuando recuperó la salud, y con ayuda del Ayuntamiento, organizó una exposición en la que mostraba los especímenes que había traído y con la que se ganó el reconocimiento de sus conciudadanos.

Esta buena consideración en que se la tenía propició que se le encargase la pintura de sesenta ilustraciones para la obra *D'Amboinsche*

Rariteitkammer [Colecciones de Curiosidades de Ambon], cuyo texto había escrito Georg Eberhard Rumph (Rumphius por su nombre latino), un naturalista que había vivido en la isla de Ambon y al que se conocía como el Plinio de las Indias. La obra original describía la vida marina de las Indias Orientales y aparecían en ella todo tipo de caracolas y conchas, así como cangrejos, erizos y estrellas de mar, o petrificaciones y minerales de Ambon y de las islas adyacentes. Los dibujos originales de Rumphius se destruyeron durante un incendio en 1687 y su posterior ceguera le impidió volver a reproducirlos. Por eso se le encargaron las ilustraciones a Maria Sibylla. La obra se publicó en 1705 en holandés, tres años después de la muerte de Rumphius.

Metamorphosis Insectorum Surinamensium

Maria Sibylla avanzaba en sus ilustraciones a un ritmo frenético, lo que hace pensar que pudieron haber estado involucradas sus hijas, Dorothea Maria y Johanna Helena, en la producción. El trabajo incesante dio sus frutos y en 1705 publicó en holandés su trabajo más importante, *Metamorphosis Insectorum Surinamensium*. El libro, precioso y ricamente ilustrado, está considerado una obra magna, y se ha dicho de él que es “la obra más bella jamás impresa; la primera y extrañísima obra pintada de América”. La disposición es la misma que la de *Der Raupen wunderbare*: se trata de una serie de pinturas individuales —en esta ocasión, plantas y animales surinameses desconocidos para los europeos— con textos que trasladan al lector a sorprendentes mundos exóticos. La mayor parte de los dibujos representan especies de lepidópteros, con las fases de su ciclo biológico y su planta nutricia. Cada dibujo, con su correspondiente explicación, constituye una verdadera lección de ecología basada en imágenes realistas que contrastan con los estéticos retratos de insectos propios de los entomólogos de la época. En el prólogo, Maria Sibylla escribe:

Esta obra comprende sesenta láminas que representan más de cien observaciones sobre orugas, gusanos y ácaros; de